

Fragmentos

Las elegidas

Jorge Volpi

Tenancingo, Tlaxcala —un pueblo en el corazón de México— es el punto de partida que lleva al también ensayista y cuentista Jorge Volpi en su nueva novela, Las elegidas, a abordar los problemas sociales de la prostitución infantil y la trata de mujeres. Sus personajes padecen la realidad de un país convulso, en el que la impunidad garantiza la permanencia de la injusticia.

...si fijas la mirada allá, muy abajito, distinguirás el pueblo en miniatura, las techumbres de lámina y asbesto, ¿ya las viste?, las bardas con las garigolas de las bandas, la arenisca y el chapopote diseminados por las calles, mira bien, como si te alzaras en globo aerostático y se te vinieran encima las casuchas idénticas a las que poblaban esa maqueta con ferrocarriles a escala que armabas cuando niño, sólo que aquí hace siglos que no hay ferrocarriles —ni juguetes—, ahora otea para allá, hacia ese edificio cuadrangular con el patio hundido bajo la resolana, desciende lento y contemplarás a las morritas que brotan apiñadas de la escuela, míralas con sus faldas tableadas, sus blusas blancas, sus suéteres verde bandera, sus coletas, sus carcajadas, mira cómo salen de la escuela dizque a comprar quesadillas, jícamas con chile, gansitos, cazares, papas con valentina, míralas qué sanas, qué robustas, desciende un poco para que avistes sus caderas y sus cinturitas mientras brincan al resorte, manotean por la avenida, se alocan con los galanes de las telenovelas, atisba sus pechitos redondeados, sus pieles café con leche, imagínalas mientras juegan a la roña y se exhiben ante sus compañeros —y ante los varones que como tú las saborean—, tantas morritas en flor, tantas, listas para que te pavonees enfrente de ellas, para que las esculques y las tientes, para que elijas a una, la más dulce, la más bonita, la más tierna, y te la lleves lejos, muy lejos, a la tierra de la leche y la miel...

Cuando el sol deja de azotar el terregal
y la luna desganza el horizonte
los mojados abandonan la pizca,
las manos llagadas, los sexos ofuscados,
y se lanzan al páramo —así lo llaman—,
una planicie terrosa entre las matas,
se forman uno tras otro en fila india,
los mojados,
como cuando madrugan en la pizca
o se alinean por su rancho o su estipendio,
seriecitos, ordenados,
y mientras la luna continúa su senda
hacia lo alto,
los mojados exhiben sus billetes,
30 por media hora —50 las tiernitas—,
los varones del Gringo les preguntan
esta o aquella,
la Rosa, la Josefa, la Ligia, la Graciela,
o la Salvina o la Inés o la Evelia,
se las confían media hora a los mojados:
los infelices se bajan los calzones
y esperan que las bocas y los sexos
de la Graciela, la Ligia, la Josefa
o la Salvina o la Inés o la Evelia,
los liberen del hartazgo de los campos,
el maltrato de los gringos,
la añoranza que les ulcera las entrañas.

Aquel día la Salvina fue elegida
por el que se apodaba el Sapo,
oriundo de Guamúchil,
la Salvina lo cogió de la mano
como si fuese torvo y no maligno,
y se lo llevó entre las fresas pequeñitas,
lo miraba sin mirarlo
como si lo conociese de mil años,
como se reencuentra a un hermano
o a un sobrino,
echó una manta sobre el terregal
—detestaba las boñigas en su falda—
y se encueró como quien ahuyenta
una mosca,
el Sapo apresó sus caderas y sus pechos
y ella se tendió sobre la manta,
apenas tardó en gozar el Sapo
la Salvina se acomodó las enaguas
—ni un terrón en su vestido—
y se irguió como una reina
mientras el chaparro de Guamúchil
lamía su encono en lontananza.

...si volaras encima de los campos de fresas —tan fragantes, tan gordas, tan lúbricas— y te internases entre los matojos, descubrirías las pieles encurtidas, los calzones rotos y las blusas hechas garras, los sostenes desmadrados, los sexos enhiestos en los labios o los dedos de las hembras, los párpados gozosos o entintados con lágrimas de rímel, y si te acercaras aun más, a escasa distancia de esos anónimos cuerpos al garete, tal vez percibirías los balbuceos o las maldiciones y te contaminarías con el sudor rancio y el hedor a sexo incontinente, y al lado de las fresas, justo al lado de las fresas succulentas, hallarías un reguero de semen y un cementerio de condones...

Cuando se fruncen las estrías de la noche
y las ciudades gemelas se untan con cenizas
los mojados dejan atrás las altas torres
labradas con su sudor y su nostalgia,
los ladrillos, el cemento, los cristales,
la argamasa, las tuberías, las juntas,
y se congregan en las mustias callejuelas
—morenos fantasmas invisibles—
a mascar densas bolas de carnaza
untadas con ese brebaje avinagrado
que remeda el rojo de la sangre.

Una vez las tripas satisfechas,
los mojados cruzan el barrio a trompicones
y se arremolinan frente al Mantarraya,
un hipopótamo abre o cierra la cadena
y deja afuera a prietos y pusilánimes;
adentro bulle el infierno o el edén,
mil cuerpos que desfilan en escorzo
vestidos si acaso por los neones,
cinturas esculpidas por el hambre,
inconquistables tetas adiposas
serpenteantes en las jaulas de aluminio.

Nadie oye la cumbia, la bachata,
los insufribles, tristísimos boleros,
tras los inocuos vaivenes en los muslos
las uñas se adueñan de las nalgas,
un billete de más en la entrepierna
otorga el paso franco a nuestro origen:
los clientes se abisman en esas rajaduras
como quien echa de menos a los dioses.

los hombres son perros sin bozal perros sin sesos perros a los que dome-
ñan sus instintos perros que a la primera se te enciman perros callejeros
perros encabritados perros siempre en celo perros insensibles perros que
te lamen te muerden te babean perros que te celan te enclaustran te ami-
lanan perros que nomás ven a otra se le enciman perros rabiosos perros
salvajes perros gachos perros maloras perros que se van con la primera
perros que vuelven con el rabo entre las patas perros que te olisquean
que te marcan perros que te orinan perros que no aprenden ni una gra-
cia perros que vomitan y se tragan sus vahídos perros sordos perros mu-
dos perros que ladran perros que muerden perros insensibles perros sin
amo perros

Una a todo se acostumbra,
a encuerarse delante de las otras,
a una concha tiesa y un nescafé (rascuache),
a las prisas de los vigilantes,
a la mala leche de los vigilantes,
a pasar largas horas sin un cliente
 mascándote las uñas,
a hojear revistas achacosas,
a Angelina Jolie y Julia Roberts
 maceradas en semen de tres días,
a que llegue el primer cliente,
si te va bien un anciano melindroso
o un galancín que prueba a conquistarte
con sus piropos y sus chistes,
la de malas un bato que te parte la nariz
 si no le gustas,
te acostumbras incluso a la espera,
 la densa espera pegajosa,
casi peor que el tumulto de los cuerpos,
a no distinguir una piel de otra
 ni un olor de otro,
a casi no distinguir el regusto de la pena,
a mordisquear unos tacos entre clientes,
a emborracharte desde que despunta el alba,
a bailotear entre los espasmos de la coca,
a enseñarles tu ano bien abierto
a los gentiles caballeros que hoy nos acompañan,
a flotar levemente en marihuana,
y, lo peor de todo,
 a consolar a los que lloran.

Así ha sido por los siglos de los siglos,
los padres lo enseñaron a sus hijos,
los hijos a sus hijos y estos a sus nietos,
una razón tan antigua como el mundo:
cuando una madre engendra una morrita
la piedra del tiempo se renueva
—Tenancingo cumple su ley inexorable—,
la hembra habrá de servir a los varones,
aprenderá a ser dulce y abnegada,
a coser y a desvenar los chiles,
a obedecer a sus hermanos y a sus primos,
a ofrecerse a sus hermanos y a sus primos,
a saciar las ansias de su padre,
a preservar el silencio sacrosanto,
luego vendrán otros varones,
vecinos, parientes, turistas, visitantes,
los que pagan y los que aceptan un regalo,
las hembras de Tenancingo los consienten,
los miman, los apapachan, los arrullan,
así es desde el principio de los tiempos.

Cuerpos sólo cuerpos,
no sienten, no distinguen
alma alguna en sus entrañas,
cuerpos de hembras, de varones,
frágiles, idénticos, intercambiables,
uno puede abrirlos en canal,
ensangrentarse con las vísceras,
manosear el corazón o los riñones,
arrancar los ojos de las órbitas,
lacerar sus anos o sus sexos
sin sentir nada en absoluto:
cuerpos sólo cuerpos.